

La opinión, dominante entonces, acerca de las glorias de la Independencia. Había pasado el entusiasmo de los primeros años de libertad; el furor de las luchas civiles había envenenado las almas; una especie de desaliento insensato, pero que no por eso era menos real, se había apoderado de los espíritus que, sobrado exigentes y poco acostumbrados á las tempestades de la democracia, veían desvanecerse sus ilusiones de paz y prosperidad, y culpaban de ello á la independencia. Se había operado una reacción en favor de los antiguos dominadores, reacción muy fácil de explicar, porque estaba vivo todavía el partido realista, el cual no había aceptado la independencia sino hipócritamente y con la esperanza de fundar una monarquía, que ensayó con Iturbide, y que creyó malograda á la caída de este usurpador.

Las clases privilegiadas dominaban todavía. Estas clases eran el clero, enemigo mortal de los caudillos de 1810; el ejército, que era *gachupín* en el fondo, que no había podido lavarse con el baño de 1821 de la sangre patriota que había derramado durante once años de tremenda lucha, y que ambicionaba para sí el poder supremo, y la aristocracia que había quedado aún, aristocracia tanto más susceptible y enorgullecida, cuanto que su origen no era más que mer-

cantil y plebeyo. Hé aquí las castas que odiaban cordialmente al pueblo; es decir, á las masas que habían seguido á Hidalgo en su heroico levantamiento. Este pueblo, como era natural, recordaba que había sabido luchar y vencer; no amaba á los falsos aliados de 1821; se burlaba del pretendido patriotismo de los hombres del ejército, y consideraba como sus legítimas glorias y como sus verdaderos héroes, las glorias y los caudillos de 1810.

Por consiguiente, el odio estallaba cada día más amenazador entre esas castas y la mayoría popular de la Nación.

En tales momentos, de angustia ciertamente para el clero, el ejército y la aristocracia, quizás hubo arrepentimiento de haber ayudado á la emancipación de la colonia, quizás las miradas se volvieron con esperanza á la antigua metrópoli, de seguro que se soñó con una sumisión nueva á la corona de España; y en tal oportunidad, los escritores reaccionarios desembozaron con insolencia su encono y su rabia contra los hombres de 1810. A la cabeza de estos hombres estaba el famoso D. Lucas Alamán, de nefanda memoria. Este hombre, dotado de grandes talentos, de inmenso prestigio en las clases opulentas, y de pasiones violentísimas, comenzó á propagar en su *Historia* y en los periódicos

que fundó, el odio contra los héroes. La calumnia, la invectiva, el sarcasmo, la innoble burla, todo lo utilizó para manchar la memoria de nuestros libertadores. Llamó al inmortal caudillo de Dolores, ladrón y asesino; fingiendo admirar á Morelos, lo difamó de cuantas maneras pudo; presentó á los demás insurgentes como una horda de foragidos sin Dios y sin ley, y persiguió con su saña implacable al ilustre general Guerrero: acabó de enemistarlo con Bravo, y sabido es que no paró en eso, sino que perseverante en sus aborrecibles y cobardes pasiones, concluyó por prepararle el lazo más infame de que haga mención la historia, y le condujo, mediante la traición, al patíbulo de Cuilápam.

Estos trabajos, este éxito de unos días, esta reacción preparada con tanta fuerza y talento, dieron á la ideas de Alamán un prestigio enorme. Si no se le creyó enteramente, se le contradijo á medias y con timidez; se tuvo por buen tono y por sentimiento de justicia alabar á España, ensalzar sobre las hazañas de los héroes las hazañas de Cortés, ídolo de Alamán, y horrorizarse de los *grandes crímenes* cometidos por los hombres de 1810. La independencia se tuvo por crimen y una locura; los insurgentes volvieron á ser anatematizados; la República debía, en expiación de sus crímenes, postrarse de nue-

vo ante el rey de España y presentar sus manos para ser encadenado otra vez. ¡Hablar bien de Hidalgo, de Allende, de Morelos, de Guerrero, eso hubiera sido una blasfemia; cuando más, era lícito ensalzar á Iturbide, apellidando regicida á la nación por haberlo castigado. Estábamos en plena reacción española, y si alguna vez corrió Méjico el peligro de sufrir lo que sufrió después Santo Domingo, por la traición de Santa-Anna, fué entonces.

Y aunque las revoluciones sucesivas hicieron caer á Alamán y aborrecer sus ideas, éstas aún quedaron hondamente grabadas en las gentes que se decían cultas.

¿Qué extraño es, por lo mismo, que los poetas no quisieran cantar las glorias de la independencia y las proezas de los héroes? Los vates meticulosos ó adictos á las doctrinas de Alamán, se hubieran creído manchados si glorificaban al padre de la Patria, acusado de ladrón y asesino. Los artistas no se atrevían á presentar en cuadros ó en estatuas su bendita imagen, ni á obligar á la música á rendir su homenaje de armonías al que había quitado de las gargantas mejicanas el dogal de los conquistadores.

La tribuna misma era tímida y vergonzante para hablar de 1810, y la solemnidad del 27 de Septiembre eclipsaba á la del 16. Hubo más

himnos entonces para el soldado que se hizo rey, que para el anciano sacerdote que por libertar á su país se hizo mártir.

Tal es la explicación que nosotros hallamos del silencio de la poesía, en aquella época desgraciada y de triste recordación.

.....

.....

La Constitución de 24 volvía á imperar; los viejos calumniadores de la independencia estaban desprestigiados, y la civilización abría sus alas gozosa. Entonces nuevos poetas aparecieron por todas partes, y el genio de la fraternidad los reunió en torno de un nuevo altar.

Así nació el Liceo Hidalgo. Los miembros de esta sociedad literaria no eran ciertamente todos los que cultivaban en aquella época la poesía y las bellas letras. A la sazón formábanse otras sociedades de la misma naturaleza en diversos Estados de la República, como en Guadalupe y Mérida, y en otras ciudades aparecían nuevos periódicos literarios, ó consagraban los políticos una parte de sus columnas á las producciones poéticas de una juventud entusiasta y laboriosa. Por donde quiera se presentaban talentos desconocidos antes, que en breve fijaban la atención pública. Era, pues, aquella una época de renacimiento, y se explicaba natura-

mente, pues las convulsiones de la guerra civil, los efectos de la invasión americana reciente, y la recelosa susceptibilidad de una política despótica que había impedido desencadenar la imprenta y dar vuelo á los estudios, habían mantenido estacionaria á la literatura y retraído á la juventud de consagrarse á ella para hacerla progresar. Así es que apenas brilló en nuestro cielo el sol de la paz y de la libertad, cuando la poesía abrió otra vez sus santuarios á la nueva generación de adoradores.

Como se ve, pues, el *Liceo Hidalgo* no era la única escuela; pero sí el núcleo, por decirlo así, el guía, tanto por los mayores elementos con que contaba por su situación en Méjico, que es el centro más civilizado de nuestro país, como porque los individuos que lo formaban eran en su mayor parte distinguidos escritores y poetas, conocidos ya generalmente, y que mantenían estrechas relaciones con todos los que cultivan las bellas letras en la República. Por esa razón, no pudiendo encontrar un dictado mejor para la generación poética de ese tiempo, nos hemos permitido llamarla del *Liceo Hidalgo*, como llamamos á la anterior de la *Academia de Letrán*, y á la primera de la *Independencia*.

En esta familia del Liceo Hidalgo, no se hizo sentir sino muy ligeramente la influencia de los

viejos de Letrán, y apenas uno que otro de los socios más jóvenes de esa extinguida Academia, fué registrado como miembro de la nueva.

Uno de los principales fundadores del Liceo, era un jóven algo conocido á la sazón por sus escritos políticos y por su adhesión á las ideas progresistas, lo cual le granjeaba el apodo de *exaltado*.

Este joven era D. Francisco Zarco.

Al lado de Zarco vemos allí á Granados Maldonado, escritor erudito, también progresista, y empeñado como el primero en dar á conocer en el país los tesoros de la literatura inglesa y francesa, casi ignorados hasta entonces. Vemos allí jóvenes que, sin desdeñar la lira, se consagraban de preferencia á los trabajos de la Oratoria política, de la Historia popular, y del Drama patriótico

Los periódicos de aquel tiempo están llenos en los días de Septiembre, de Himnos patrióticos, de Odas, de Marchas nacionales y de sonetos, consagrados á conmemorar las glorias de la Independencia.

Granados Maldonado, Félix María Escalante, Epitacio Jesús de los Ríos, Pantaleón Tovar, Joaquín Tellez, José Tomás de Cuéllar, Luis Gonzaga Ortiz, Andrés Davis Bradburn, Octaviano Pérez, José María Rodríguez y Cos, Joaquín Villalobos y otros, son los que firman las composiciones patrióticas de la capital; mientras que en Veracruz, José María Esteva y Díaz Mirón; en Morelia, Gabino Ortiz; en Guadaluajara, Rosales (el héroe de San Pedro), José María Vigil, Villaseñor, y Echaiz; en Tabasco, León A. Torre y José Manuel Puig, hacían resonar en sus liras sus cantos á la libertad; y en Yucatán, una pléyade de bardos, animados por la voz elocuente del eminente y nunca bien sentido Dr. D. Justo Sierra, repetía los acentos armoniosos de Alpuche en la lira de Pedro Ildefonso Pérez.

Por fin, el hermoso monumento de la Epopeya mejicana, cuyos cimientos abandonados y tristes estaban próximos á desaparecer, continuaba levantándose, y esto era ya bastante para el honor de la poesía nacional.

VI

LOS POETAS DE LA REFORMA Y DE LA SEGUNDA GUERRA
DE INDEPENDENCIA.

Mas tarde, y durante la tempestuosa década de 1853 á 1863, en que se sucedieron la dictadura de Santa-Anna, la revolución de Ayutla, el gobierno de Comonfort, las revoluciones reaccionarias, la guerra de la Reforma, los dos años de administración constitucional, y la invasión francesa, aparecieron nuevos poetas cuyo talento brilló en medio de las negras nubes de la política y de la guerra. A estos vates, pertenecen: Juan Díaz Covarrubias y Manuel Mateos, Leandro Valle, Vicente Riva Palacio, José Rivera y Río, Julian Montiel, Alfredo Chavero, Juan de D. Arias, José María Ramírez, Eduardo Ruiz, Ramón Valle, y Juan Mateos.

VII

LA GENERACION CONTEMPORÁNEA.

POESÍA PATRIOTICA.

Hémos aquí frente á frente de la generación contemporánea. ¿Ha cultivado más que sus an-

técésoras la poesía que aviva la llama de patriotismo y enaltece y eterniza las glorias del pueblo?

Para responder á esta pregunta nos es preciso hacer una distinción indispensable. La juventud literata no ha podido escapar á la influencia irresistible de las pasiones políticas que han dividido últimamente á la nación entera, y se ha colocado en las filas del uno ó del otro bando.

Los poetas nutridos en las ideas monárquicas ó conservadoras, han sido pocos, y de éstos algunos merecen un lugar distinguido en la literatura; pero como generalmente no han cantado á la Patria, ni á la Libertad, y han preferido consagrar su lira, ora á ensalzar las bellezas de la religión católica, ora á cantar las glorias de los invasores franceses que venían en 1863 pretendiendo aniquilar la soberanía de la República, ora, por último, á celebrar la llegada del archiduque Maximiliano, y adormecerlo en el camino que debía conducirlo fatalmente al cadalso; como quiera que en nuestra humilde inteligencia no creemos que cantar la piratería y el virreinato francés haya sido cantar á la Patria que jamás pudo estar representada sino por sus héroes republicanos, parece que tenemos el derecho de no considerar á los susodichos poetas en el número de los poetas

patrióticos, y por tanto, nos permitimos no hablar de ellos.

.....

.....

.....

Pero todavía es de sentirse que esta falanje poética y juvenil, haya sido bastante reducida, de lo que resulta que nuestra Epopeya nacional haya quedado menos incompleta que antes; pero siempre incompleta. Aun no están aprovechados los riquísimos tesoros de la primer guerra de Independencia; y así como esperan todavía bajo el humilde césped de los campos de batalla los huesos de los mil héroes de 1810, los monumentos de la nación agradecida, así sus glorias aguardan á los poetas que deben inmortalizarlos, levantándoles en sus cantos monumentos de más provechosa duración.

Abrid, ¡oh jóvenes poetas! las sangrientas y gloriosísimas páginas de la Historia patria, y allí encontraréis á cada paso un motivo grandioso para vuestras inspiraciones. ¡Qué gigantesco asunto el del grito Dolores para mil odas sublimes! ¡Qué tipo de Hidalgo, para divinizarlo en la imaginación y en la gratitud del pueblo! ¿Qué figura más bella podría evocar el poeta para dar vida á un romance legendario, que la hermosísima figura de D^a Josefa Ortiz, la heró-

na de Querétaro. Esta dama, en quien se reunían todas las cualidades de belleza, de virtud, de inteligencia, de valor y de entusiasmo, que exigían los antiguos pueblos en la mujer para honrarla con el apoteosis, es un tipo tan noble, simpático, tan adorable, cuanto es ruin, abyecto y repulsivo el tipo de la pobre D^a Marina, la manceba de Cortés, la denunciante de Cholula, la Eva de la conquista.

¿Y Morelos? Con las hazañas de Morelos, el Aquiles de la independencia mejicana, basta para un poema que haría palidecer las grandezas un poco fabulosas de los *Eddas*, las glorias del valor portugués cantadas en las *Lusiadas*, y las proezas de la barbarie conquistadora enaltecidas en la *Araucana*. Reflexionándolo bien, con desapasionado criterio, comparando las épocas, los elementos de guerra de los combatientes, la justicia de la causa, el genio, el heroísmo y el tamaño de las consecuencias, el historiador no puede menos de otorgar la supremacía al gran guerrero de la insurrección mejicana, que haciendo salir del caos de la muchedumbre esclavizada de la colonia, un ejército de héroes con sólo la eficacia de su palabra elocuente, supo armar á éstos con las armas de sus enemigos, hacerlos vencer en cuarenta batallas, aterrar á la tiranía española, sostener el gran-

tiOSO sitio de Cuautla, humillar á Calleja que era el campeón temible de los virreyes, pasar victorioso por entre las filas de este general español, para ir á plantar la bandera de la independencia sobre las fortalezas de Oajaca, recorrer como un semidiós el campo armado de la dominación española; y cuando traicionado, morir, pero dejando el incendio del patriotismo elevándose en inmensa llama en el vasto territorio de la futura República.

¡Ah! si nosotros hubiéramos recibido el raro don del talento, y nos sintiéramos animados por la inspiración ardiente de la juventud, no escogeríamos para ensayar los acentos de la poesía épica, otro asunto que éste. Morelos es más que un héroe de la Iliada; y si otros en más extenso campo, con más grandes elementos y con mejores soldados é inferiores enemigos, han adquirido mayor celebridad en la Historia antigua y moderna; no, ninguno le aventajó en el genio, ni en la santidad de su causa, ni en la virtud, ni en los grandiosos resultados de su heroísmo. Fáltale un Homero para ser colocado en el lugar que merece, en el cielo de la poesía, y fáltale, sobre todo, la imparcialidad de las generaciones futuras, y la brillantez que dará sin duda, á los hechos acontecidos en nuestro continente, la justicia de la futura civilización de América.

.....

 La poesía entonces no tendrá cantos sino para los hombres olvidados hoy; se asombrará la generación venidera de que las presentes hayan pasado sobre las tumbas de colosos semejantes, sin reparar en ellos y sin elevarles templos, como á semi-dioses.

Esto quisiéramos evitar previniendo el juicio de nuestros pósteros, y evitando nuestra condenación. La justicia histórica es implacable, y no nos perdonará ni un olvido, ni una ingratitud, y será tanto más severa, cuanto que verá á un lado de nosotros á un pueblo que todo él se ha convertido en un santuario para guardar el culto de Washington, y al otro lado á otro pueblo también agradecido, que aunque fraccionado en numerosas familias, conserva la unidad del amor filial que tributa á Simón Bolívar, el libertador de la América del Sur.

Excitamos, pues, de nuevo y sin cansarnos, á la juventud mejicana que tributa culto á la poesía, para que dejando la afeminada lira jónica en que ha repetido las monótonos acentos del amor, del placer y del pesar fantástico, empuñe la robusta lira frigia, la lira de los dioses y de la patria, la lira de cuerdas de bronce que

hace estremecer de entusiasmo y de orgullo el corazón de los pueblos, que los dispone para las luchas de la libertad, que los anima en la marcha de la civilización, y que reproduce siempre los prodigios de la lira Anfiónica dando á los hombres fuerzas hercúleas para realizar trabajos gigantescos.

Sin esto, la poesía en Méjico adolecerá como hasta aquí, de raquitismo, y no servirá, como en otras naciones, para crear el carácter nacional para ser la precursora del progreso, para alentar la vitalidad de la Nación, y para salvarla del abatimiento y de la muerte, colocando sobre su frente regia la corona inmortal de sus recuerdos gloriosos. Sí, para salvarla de la muerte. Tal vez la Grecia no debe su resurrección sino á sus recuerdos heroicos conservados en los acentos eternos de la poesía, que se transmitieron de padres á hijos y que no pudo apagar el despotismo turco.

Los poetas griegos de la insurrección reaniman siempre el valor de los guerreros, recordándoles los heroicos hechos de sus antepasados, conservados en los cantos de los poetas antiguos.

“El tiempo, dice un canto guerrero de Coray, no ha destruido los trofeos de Marathon ni los altos hechos de Salamina, ese gran prodigio de

los Helenos. Los griegos los refieren todavía y se acuerdan de ellos; ellos son los hijos de Minos, de Licurgo, de Solón, de Milciades, de Leonidas, de Aristides, del gran Temistocles; y jamás tuvieron iguales.”

“Vamos, dice la Marsellesa griega de Rigas, hijos de los Helenos; el día de la gloria ha llegado; seamos dignos de aquellos que nos han hecho nacer. Rompamos con valor el yugo de los tiranos, vengamos las vergonzosas injurias de la Patria. Empuñemos las armas: mostrémonos los verdaderos hijos de los griegos, y que la sangre del enemigo corra á torrentes bajo nuestros pies.”

.....
 “¡Esparta! ¡Esparta! ¿por qué duermes con un profundo y letárgico sueño? Despiértate y llama á Atenas, tu eterna y antigua compañera. Acordaos de Leonidas, el héroe inmortal, el temido, el terrible, el glorioso guerrero.”(1)

La Italia también ha debido en gran parte su reconstrucción á los recuerdos heroicos repetidos á porfía por los poetas, que más que los his-

(1) Pueden verse estos cantos y otros cien en la bella colección de “*Cantos populares de la Grecia moderna*” formada por el conde de Marcellus. Paris-1860. Lord Byron ha traducido el canto de Rigas en hermosos versos que difieren algo de la traducción puesta arriba.

toriadores y los publicistas, avivan en el alma de las naciones la llama del patriotismo.

Quando un pueblo anonadado por la muerte de la servidumbre, duerme en el sepulcro, como Lázaro, sólo la voz de la poesía patriótica es capaz de hacerle romper sus ligaduras y volverle á la vida; no hay que olvidarlo ¡oh vosotros! jóvenes que pudiendo arrojar con vuestro inspirado acento una chispa que incendie el alma del pueblo, preferís apagarla contra el helado é ingrato corazón de una mujer indiferente que os olvidará bien pronto por el primer asno que se le presente aparejado con albarda de oro.



REVISTA LITERARIA

1868